

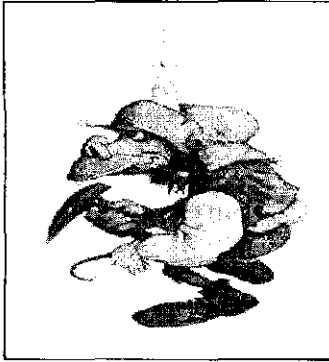
EL MUQUI Y SU MUNDO

Aproximación al maravilloso duende de las minas.

(Primera Parte)

Luis Pajuelo Frías *

Kobold, duende escandinavo



Ser feérico**, el Muqui forma parte del extenso dominio de lo mágico. Al inmiscuirse en los destinos de los trabajadores del socavón, gratificándolos o escarmentándolos, este duende, es la versión andina del nebuloso país de las **Hadas**. Pertenece, por su naturaleza, a las "gentes pequeñas" que habitan las diversas minas del mundo. Hermano distante del **Leprechauns**, natural de las minas irlandesas, elfo industrioso, marrullero y solapado, que gratifica a los buscadores de tesoros con monedas o pepitas de oro. Y, de los **Trasgos**, cuya estirpe los hace atenzados y malignos. Mas, existe un tipo benigno para el hombre, aquel que mora en las minas de estaño de Cornualles y Devon. La literatura folklórica, de esos predios, los llama **Aldaboneros**, ya que hacen sonar sus aldabones para indicar la existencia de ricas vetas. O, de los **Kobolds**, duendes oriundos de las minas escandinavas, perturbadores del trabajo. Asimismo, de los **Wichtlein**, nativos de Alemania meridional, anunciadores de catástrofes mineras. También, de los **Coblynau**, impenitentes rastreadores de vetas, allá en las minas galesas, a quienes se ve trabajando con diligencia en frentes y filones. El golpear de sus martillos y mazos trae buena suerte a los mineros. Esos golpes indican la existencia de mineral de buena ley. Y, de los **Enanos**, habitantes de las minas de Alemania nórdica, que al tiempo de ser extractores de ricos yacimientos, son excepcionales herreros y excelentes metalurgistas. Un detallado estudio de los **Gnomos** canadienses, belgas y suecos, vinculados a las minas, bien puede ilustrar la frondosa genealogía del Muqui. Pues, es urgente establecer comparaciones y entender la índole universal del duende de las minas andinas.

MANSIÓN DEL MUQUI

Los seres mágicos habitan lugares determinados. Su sentido existencial responde al escenario material que los cobija. Los **Pixis** -como ejemplo-, criaturas del bosque, en las zonas rurales de Escocia y el norte de Inglaterra, danzan en torno a las piedras enhiestas y retozan a orillas de riachuelos. El color de su cuerpo es verde, como el follaje de los campos de **Datmoor**, en donde abundan. Llevan consigo unas campanillas con las que llaman a los labriegos y, por su temperamento inquieto, roban caballos o poneys en las noches. Por ello, se les llama **Galopines**. Al tiempo que destructores son comedidos para el trabajo. Trillan trigo para verse recompensados con pan y queso, que les fascina. A menudo se transforman en erizos con el ánimo de asustar a los distraídos. Como se ve, las costumbres, hábitos y psicología de estos duendecillos responde al escenario particular en el que viven.

El Muqui es un duende minero. Su existencia está determinada por el espacio subterráneo. En éste, se extraen codiciados minerales. Pues, no existe entre nosotros tradición que aproxime a las "gentes pequeñas" a trabajos de transformación, tratamiento de metales, moldeado y herrería, como es el caso de los **enanos** de Alemania nórdica, a quienes se atribuye la elaboración de espadas, escudos, lanzas y otros objetos de mágicas propiedades: el mazo de **Thor**, la lanza de **Gungnir**, el collar de **Brisingas** de **Freya**, la cabellera de **Sif** o la cuerda, lo bastante fuerte y fina, para sujetar al lobo gigante **Fennis**, según su exótica mitología. La mansión del Muqui es el interior de la mina. Ésta ha sido, secularmente, un espacio compulsivo, violento. Escenario de trabajo peligroso donde, irónicamente, descansan riquezas ocultas. De allí el acierto de su comparación con un sitio donde se esconden objetos de imprevisible valor. El sino de la mina está marcado por la buena o mala suerte. A veces, el riesgo de su

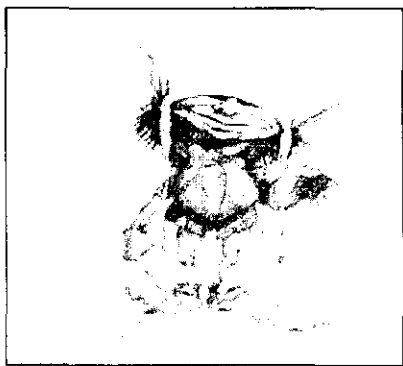
* Literario.

** Maravilloso, ideal, fantástico.

explotación resulta gratificante y, otras, desalentador. Por ello, las historias de las minas refieren períodos de bonanza y, al mismo tiempo, episodios trágicos de sufrimiento y muerte. En la evolución de toda mina se han dado la mano la fortuna y la agonía.

En el mundo prehispánico se extraían minerales tanto a flor de piel (afloraciones de plata), como usando el sistema de galerías. La sociedad inca estableció dos categorías de minas: del Estado y de las comunidades. Las primeras, se ubicaban en puntos determinados; las comunales se hallaban dispersas. Las minas estatales eran trabajadas por las poblaciones cercanas y por mitimaes enviados al lugar, por turnos. Las minas comunales, controladas por curacas, eran trabajadas por sus propias gentes. Las galerías empleadas en las minas del Inca tenían de 15 a 30 metros de profundidad y, excepcionalmente, llegaban a 65; mientras que las minas comunales eran superficiales (a medio barreno). Dos factores explican esa técnica extensiva: la enorme cantidad de vetas aflorantes y la cosmovisión dominante. Según ésta, no era sensato herir el seno de la Mama Pacha (la tierra). Se creía que la mina era hija de las montañas y, por ello, un espacio sacro. Además, situada en el Ucu Pacha (mundo del abajo), era el lugar habitado por los muertos, el área reservada a las fuerzas ocultas de la fertilidad.

Cultura agraria, la prehispánica, entendía como irracional quebrar el equilibrio entre la naturaleza y el hombre. El ser humano estaba determinado por el medio. Era parte de él. No le estaba permitido causar estragos a su libre albedrío, ya que sería víctima de inevitables catástrofes. Esa lógica dominó el mundo andino por muchos siglos y aún persiste en determinadas regiones. Es posible, piensan algunos estudiosos, que en este período haya aparecido el Muqui. No existe sustento suficiente para tal afirmación. El elfo de las minas andinas necesitó de un hábitat más complejo y



Tasago duende quechua en las minas de Cuzco y Deron (Inglaterra).

adecuado a sus peripecias. Cuando las condiciones técnicas y la ambición apuraron, las minas crecieron. Surgieron frontones, niveles, tajos, piques, stops, chimeneas, botaderos, labores. Un universo de recovecos y sorpresas. Allí, se agitaban decenas de hombres, animados por el titánico esfuerzo de extraer los minerales, al tiempo de procurarse un salario. Una lógica distinta y desconocida desplazó a la lógica de la sociedad prehispánica. Ese cambio radical aconteció en el Virreinato y pervive en el presente siglo, pese a los influjos de la tecnología moderna.

Para las personas ajenas al laboreo de minas existe un lado sórdido, caótico y amenazante en el mundo subterráneo. Hay, desde otra perspectiva, seres habituados al peligro, a los golpes de sorpresa, al riesgo, a retar esa oscuridad fecunda. Allí, en ese universo sórdido y temible, se encuentra ensueño y fantasía. Murales de tonos y colores inimaginables, conformando una flora divina: azules turquesa, naranjas encendidos, verdes marino, se combinan merced a filtraciones de sulfuro y oxidaciones. Y, así como se ubican lugares tenebrosos, es posible hallar escenarios serenos. Los climas son variados: candentes, infernales, en algunas zonas; templados en otras y frígidos en las demás. Si la mina es amplísima y antigua encontraremos lugares de laboreo febril; otros, de abandono y olvido, en donde descansa el silencio y gases invisibles, letales. Todo ello, envuelto en una noche eterna. Ésta es la mansión ideal para la existencia del Muqui. Escenario en donde dibuja sus insólitas aventuras. Territorio que lo trasforma en el duende maravilloso de las minas.

EL MUQUI: FISONOMÍA, ESTATURA, VESTIMENTA Y COSTUMBRES

La palabra **Muqui** resulta de la castellanización del vocablo quechua **Murik**, que significa "el que asfixia" y/o **Muriska** "el que es asfixiado". Para la vertiente huancavelicana **Muqui** sugiere el acto de torcer, ahorcar. Por ello, los antiguos mineros, inconscientemente, identificaron al Muqui con el silicio, gas letal que produce la enfermedad de la silicosis.

De estatura pequeña, el Muqui no excede los cincuenta centímetros. Tiene la apariencia más de enano que de pigmeo. Es sabido, desde la Grecia antigua que los pigmeos presentan una armónica proporcionalidad entre los diversos órganos que conforman su cuerpo. Pareciera que, en determinado instante, se les hubiera detenido el funcionamiento de las glándulas del crecimiento (Tiroides e Hipófisis). Éste no es el caso de los Muquis. Pertenecen, estos seres, a la especie de los Enanos. Además, de aquellos imposibilitados de regular su propia estatura, como sí lo hacen ciertos seres feéricos de otras latitudes, que pueden ser, en un momento, minúsculos faunos y, al rato, gigantes o

temibles ogros. Para la tradición cerreña, el Muqui es un ser pequeño, de cuerpo fornido y desproporcionado. Su cabeza está unida al tronco, pues no tiene cuello. Su voz es grave y ronca, no concordante con su estatura. Sus cabellos son largos, de un color rubio brillante. Su rostro es rubicundo, cubierto de vellos. Posee una barba larga, de color blanco de la alcaparrosa. Su mirada es penetrante, agresiva e hipnótica, de reflejos metálicos. En otras tradiciones mineras, su cabeza presenta dos cuernos. Éstos, le sirven para romper las rocas y señalar las vetas. Su piel es muy blanca y lleva colgado de la mano un farolito (Sosa y Tamara, 1988). Además, tienen las orejas en punta. El influjo occidental, de estas representaciones, no es ajeno. El diablo, originario de la cultura etrusca y difundido, extensivamente, en el bajo medioevo, por el catolicismo, ha sido vinculado con los duendes mineros. Los metalarios, del período inicial del alquimismo, atribuían a los duendes, gnomos, kobolds y al diablo mismo, las perturbaciones en el tratamiento de los metales. Los nombres de Cebulto deriva de Kobold (duende escandinavo) y Níquel del diablo mismo, como lo llamaba un sector de alquimistas.

Consecuentemente con las exigencias del trabajo, el Muqui usa casco, ropa de minero y calza botas claveteadas. En otras tradiciones, se le representa como un geniecillo vestido de verde musgo, a veces con una finísima capa de vicuña o con el traje de agua que usan los mineros. Generalmente, porta en la cintura una lámpara, ya de carburo o eléctrica, según el avance tecnológico de la mina. Llena un shicullo, sogá de pelos de la cola del caballo, atado a la cintura. Camina como pato, pues sus pies son de tamaño anormal. Los Enanos, de la Alemania nórdica, se muestran sensibles a enseñar sus pies. Esto, porque invariablemente presentan deformaciones. Sus extremidades inferiores pueden adoptar la forma de las patas de un ganso o cuervo. Asimismo, pueden tener la punta hacia atrás. Por ello su ropa les cubre hasta los pies. Los curiosos esparcen ceniza o harina en su camino para auscultar la huella que dejan a su paso.

El Muqui se abstrae en el juego o el trabajo. Por esa razón bien puede observarse sin que lo advierta. En esa circunstancia, los audaces, logran cogerlo y sujetarlo con el shicullo. Al Muqui "se le amarra sólo con sogá de cerda de caballo, porque el alambre lo rompe" (Huanay, 1969: 78-79.). En seguida, se lo cubre con la misma ropa de su captor. Este secreto, lo inmoviliza. Han habido mineros que habiéndolo amarrado lo han amenazado con llevarlo a la luz y el Muqui se ha vencido, sabedor de su debilidad: los reflejos del sol lo desvanecen y matan. "Arrapar al Muqui es ambición de todo minero. Pues, por liberarse, el Muqui, se ve obligado a trabajar por el minero, en unos casos; en otros, lo hace depositario de una determinada cantidad de oro, con la

que el minero se enriquece y retira de la mina" (Sosa y Tamara, *op. cit.*).

El Muqui puede andar solo o acompañado. Refieren, algunos informantes, episodios protagonizados por varios Muquis formando grupos: otros dan fe sobre su inclinación de vivir solos. Pueblan, estos seres, un mundo de eterna oscuridad, sin tiempo. Señor de las tinieblas, ser nocturno, el Muqui, posee un dominio y conocimiento instantáneo del espacio. No se le ha visto envejecer, pareciera que el tiempo no le afecta. Y, en su sorprendente existir, se torna visible o invisible a los ojos mortales. Los Enanos alemanes, por lo general son barbudos y de aspecto envejecido, aún cuando esto sea porque llegan a la madurez apenas a los tres años de edad y lucen barba gris a los siete. Los Muquis gustan de lanzar penetrantes silbidos. Éstos, anuncian peligro y salvaguardan a los mineros que les simpatizan. En otras ocasiones, producen desconcierto y miedo. Los Muquis, son comunicativos. Hablan a los oídos, conversan en los sueños, poseen un extraño poder premonitorio. Esta energía dialogal es sentida, vitalmente, por las gentes de las minas. El Muqui no gusta de los agnósticos. Le molesta que duden de su existencia.

El Muqui es un duende investido de poder. A su voluntad, hace aparecer o desaparecer las vetas. Está atento a las obsesiones, resentimientos, ambiciones y frustraciones de los mineros. Y, al tiempo que demuestra simpatía hacia unos, genera castigo y escarmiento a otros. Puede ativar el trabajo, ablandar las vetas o endurecerlas, si prefiere. Suele conceder favores, establecer pactos, sellar alianzas, llegar a acuerdos a plazo fijo, que cobra puntual e inexorablemente. Pues, estos donantes de la buena o mala suerte, poseen un código de honor preciso y reservado. Su ética exige discreción y reciprocidad en sus pactos. De allí que los amigos del Muqui sean personas de opiniones reservadas y criterios parcos.

Como se advierte, en el imaginario popular, no existe un solo tipo de Muqui. Así como hay diversidad de elfos mineros, a nivel universal, existen también, variedad de Muquis en el mundo subterráneo de los Andes. Se les conoce por los lugares en que se hicieron visibles. Sus diferencias son formales antes que de esencia. Así tenemos: Muquis de Huacracocha, Goyllar, Morococha, El Diamante, Excelsior, Santander, de la Mina Tentadora, la mina Julcani, entre una inabarcable relación extraída de la narrativa folklórica de las minas. Su clasificación exige un posterior inventario.

EL MUQUI: DIMENSIÓN LÚDICA Y MÍTICA

No sólo por su estatura, sino por su temperamento, el Muqui es un duende lúdico. Los mineros, hombres sencillos, que llevan un niño en el

corazón, dan cuenta de diversas versiones: "les gusta jugar, lanzar piedrecitas y silba llamando a los mineros" (De la Mata, 1965: 43), "gusta hacer bromas, asusta a los mineros o los extravía en las negras galerías. Les apaga la luz de sus lámparas y les sopla en los párpados para hacerles dormir cuando se sienten cansados" (Sosa y Tamara, *ibid.*). "El Muqui es un ser travieso, burlón, que descubre sus tesoros a los hombres de buen corazón y a los malos los echa de su mina o los mata" (Sosa, 1988: 14). Hace años, los niños ingresaban a las minas para laborar como ayudantes o capacheros, entonces los juegos con los Muquis eran frecuentes. Se han recogido una serie de relatos de Muquis jugando con chuchos mineros. La mayoría, proviene de las minas de Huancavelica y Morococha. Los juegos del Muqui presentan diversas formas: lucha, persecución, imitación. El juego, mundo específico del niño y la forma que tiene para expresar sus profundos anhelos, es una actividad que le permite liberar energías y avivar la imaginación. De igual manera, es una constante en las "gentes pequeñas", los **Cluricaun** gustan de turbulentas cabalgatas en estado febril; los **Leprechauns**, giran como trompos empleando su enorme sombrero de tres picos, como un eje. Pero no existen duendes que superen a los **Trasgos**, buenos amigos de los mineros, sienten placer haciendo diabluras. Los **Eslaboneros** son exhibicionistas, egocéntricos y nada les divierte más que embromar a los mineros contrayendo su ya feo rostro con muecas horribles y ejecutar danzas grotescas.

Existen Muquis bondadosos y, otros, perversos. Algunas versiones dan cuenta del grado de sadismo y violencia de sus acciones. Este fenómeno puede explicarse por el carácter compulsivo, impersonal y machista del trabajo minero. Castigo, escarmiento y hasta violaciones a los egógrafas, a los que "amarran el macho" y duermen en labores abandonadas, se suceden en diversos relatos sobre Muquis. Este rasgo viene a ser una constante en las historias de elfos subterráneos. A los **Al fir Darrig**, les encanta hacer bromas pesadas y terribles. En estos duendes el generar el espanto es una irresistible diversión. Los **Kobolds** llegan al extremo de ser enredadores y angustiantes, hasta producir desesperación en los mineros. Sin embargo, estos pasajes desagradables y grotescos pueden encerrar una fuerza catártica y ser, en muchos casos, provechosos. Los seres subterráneos producen estas acciones con el solo propósito de causar miedo y hasta pánico. El miedo es una emoción básica e inevitable en el ser humano. Aparece cuando nos encontramos ante una situación imposible de controlar. Surge por falta de experiencia y de una mayor capacidad en la solución de ciertos problemas. "Gracias al miedo tenemos información acerca de la existencia de objetos,

situaciones y seres animados perniciosos y hasta letales para nosotros, ya que nos advierte de la existencia de peligros y, como el dolor, representa un fenómeno que nos ofrece información relevante para sobrevivir" (Fromm, 1972). Éste es el tipo de miedo producido por los Muquis.

Para el hombre andino, decíamos, todos los aspectos que conforman la realidad se encuentran en perfecta correspondencia, ya se trate del espacio, tiempo, parentesco y las edades de la historia. Todo existe amarrado. Este principio bien puede explicar que "no se descubre fácilmente una nueva mina o un nuevo filón: corresponde a los dioses y a los seres divinos el revelar sus emplazamientos y enseñar a los humanos la explotación de sus riquezas" (Eliade, 1959:15). El hombre, ese animal racional, tiene en conciencia su origen, por ello transporta esa lógica al reino vegetal y va más allá, llega al tercer reino: el mineral. En ese sentido, el Muqui posee una aureola semi-divina, es guardián celoso de la mina. Auxiliador, hijo, encargado por los Jircas (deidades mayores, espíritus de los cerros y montañas) y "por permisión de ellos, tienen poderes sobrenaturales" (De la Mata, 1965:32). Todos los aspectos de la mina le conciernen: vetas, filones, espacios oscuros, destinos humanos y, hasta el Jumpe, pues es su aliento. Así, todo gira en torno suyo, conformando una realidad causal y coherente.

El minero es un ser supersticioso. "Los días martes y viernes, son días de brujos, de almas, de encantamientos, según creencias ancestrales, en esos días los brujos se reúnen para preparar ritos y conjuros mágicos a avistar fantasmas" (Pérez Arauco, 1983). En esos días, los mineros se cuidan. No es extraño hallar, cerca de las bodegas o en el cruce de dos frentones, promontorios de piedrecitas, coca y cigarros. Son ofrendas al Muqui. Se les conoce como ofrendas de camino. Purifican y renuevan energías a los viandantes. "Al ingresar a una mina se toman todas las precauciones y se cumplen los ritos de pasaje o de camino" (Eliade, *op. cit.*: 54). "Entre el MUQUI y el minero existe un intercambio o trueque. Siguiendo la tradición, los mineros deben dejar al Muqui, dueño de las minas, una porción de coca con su cigarro. A cambio, el Muqui les dejará trabajar tranquilos sin fastidiarlos y sobre todo no les encantará" (Sosa, *op. cit.*:15). Conducta generalizada en las "gentes pequeñas", es recibir ofrendas y rituales. Si los mineros ingleses, no desean que los **Aldaboneros** se enojen y traigan la mala suerte, les dejan como ofrenda un pedazo de empanada que, tradicionalmente, comen en sus labores. A las **Hadas** escocesas les place que, por las noches, les ofrenden alimento y vino, en cantidades moderadas. Ya dijimos que los **Pixis** viven obsesionados por el pan y el queso. Como éstos, son numerosos los hechos referidos a donaciones y rituales de camino. ■